

Año VI.

Barcelona, 14 Julio 1892.

Número 2



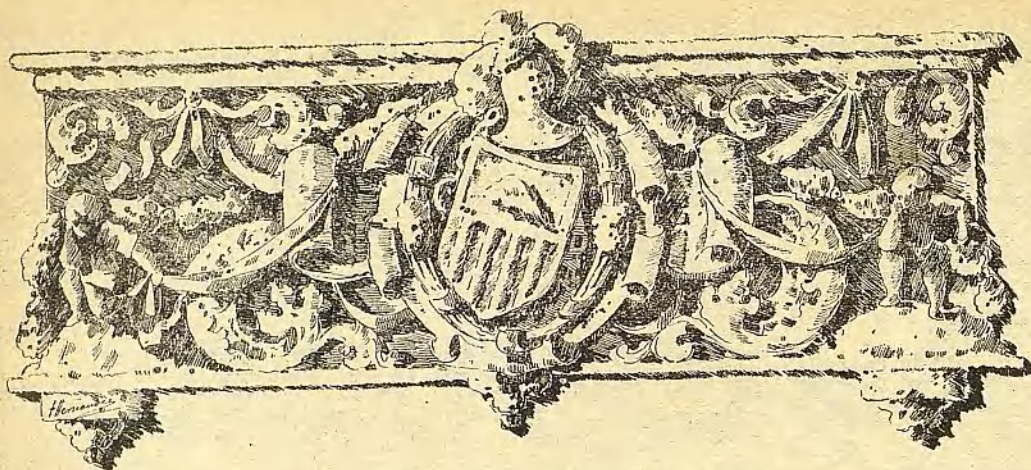
DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

NUESTRAS ACTRICES, por Renau.



CARLOTA DE MENA





## LA CÍTARA SONORA

Hace más de dos años que el hijo mayor de los señores de López me manifestó el deseo de fundar un periódico semanal de artes, ciencias y literatura. Los Sres. de López están bastante bien, porque, como ellos dicen, han alcanzado aquí muy buenos tiempos. Cuando aún no había en Madrid salones de limpia-botas fundaron uno, y a fuerza de sacar lustre á todo el que entraba, ganaron una barbaridad. Luego á él le hicieron senador del Reino por derecho propio, y hoy es una persona distinguida que vota con el Gobierno y tiene dos hijos. El menor se está preparando para meter la cabeza en artillería, y eso le salva; el otro se ha echado á poeta, y naturalmente, ni quiere fijarse en nada ni hay quien le haga coger un libro.

Dofia Bernardina, su madre, fué la primera en descubrir las felices disposiciones del muchacho para la versificación galana y fluida; y en cuanto lo supo, se marchó corriendo á contárselo á su consorte.

—López—le dijo;—Antonio compone.

—¿Qué es lo que compone?

—Coplas. Ayer encontré debajo del aguamail estos versos dedicados á Catalina.

—¿A Manuel Catalina?

—No, á Catalina, la hija de D. Primitivo el casero.

La mirada del Sr. de López devoró las líneas razadas con insegura mano y pésima ortografía sobre el papel que le presentaba su esposa.

—Pero ¿quién ha escrito esto?—preguntó.

—¿Quién ha de ser? Antonio, Antoñito.

El Sr. de López sintió latir su corazón con violencia. ¡Dofia Bernardina había llevado en su seno un poeta, y nadie lo sabía en casa!

Aquel día casi todos los senadores, más ó menos vitalicios, leyeron asombrados los versos del hijo mayor de los Sres. de López, y el chico fué proclamado en el salón de conferencias poeta inspirado, joven de porvenir y talento en flor, todo en una pieza.

¡Qué más quiso él cuando lo supol

Desde aquel punto y hora, por un quitame allá esas pajas cogía la pluma y comenzaba á echar por ella consonantes que daba gusto. Cuando llegaba la Noche-Buena, escribía un romance endecasílabo favorable al parto de la Virgen; al entrar año nuevo repetía la dosis con unas octavillas en pro del Hacedor Supremo, y apenas se anunciaba la primavera le componía una oda á María Santísima, como si tuviese algún resentimiento con la familia sagrada; esto sin contar los versos sueltos aplicados á la chica del casero; de suerte que entre la hija de D. Primitivo y los individuos de la corte celestial antes citados invertía toda su inspiración el bueno de Antoñito.

Los versos que le iban saliendo eran cuidadosamente coleccionados por el Sr. de López, y algunos pasaron del hogar doméstico á la redacción de un diario político, que los publicaba en la tercera página merced á las gestiones del amoroso padre y senador del Reino; pero comenzaron á intranquilizarse los suscritores, y alguno llegó á decir que si seguían saliendo versos se venía á Madrid en un momento á darle dos bofetadas al poeta, por muy inspirado que fuese.

Entonces Antoñito se enfureció y compuso varias sátiras contra el vulgo ignorante, hasta que cansado de pedir favores en los periódicos ministeriales, que sólo los publicaban con fuertes recomendaciones del Presidente del Consejo de Ministros ó del Gobernador civil de la provincia, pensó en hacer él solo un periódico para poder dar salida á todo lo que tenía guardado y á lo demás que se le fuera ocurriendo en el curso de su vida.

El Sr. de López acogió el pensamiento métrico con cierto regocijo, y apareció el primer número de *La Cítara Sonora*, revista semanal de ciencias, artes y literatura, dirigida por D. Antonio López y Pelusilla, con la colaboración de las Sras. doña Obdulia Campuzano del Olmo, doña Avelina Girasol de Majadero y otras dis-



tinguidas literatas de Madrid y provincias, figurando también en la lista los reputados señores Pérez, Fernández, Rodríguez y demás poetas del ramo de revistas semanales.

Un primo de Antofito se encargó de la Administración, y la alcoba del poeta quedó transformada en oficina. En la puerta de la escalera hizose fijar una plancha de metal con el título del periódico, *horas de despacho*, etc., y en aquella casa ya nadie pensó más que en *La Cítara* con todas sus consecuencias.

Doña Bernardina acudía presurosa cada vez que sonaba la campanilla.

—¿Viene usted de la imprenta?—preguntaba por el ventanillo á cuantas personas aparecían en la escalera.

—No, señora—le contestaban a lo mejor;—vengo á traer la cuenta de la leche.

—¿Tiene usted que hacer alguna reclamación? le decía al carbonero, confundiéndole con un suscriptor de provincias que había venido á Madrid exprofeso á quejarse de que no recibía el número con puntualidad.

Y poco á poco la familia de López se fué acostumbrando al cultivo de la amena y varia li-

teratura, que le ocasionaba desembolsos de importancia, pero que colocaba su nombre á la altura de nuestros primeros líricos domésticos.

Antofito, por su parte, adquiría fama entre los poetas semanales; frecuentaba el Ateneo, era concurrente seguro en todas las reuniones de la prensa, y se había mandado hacer tarjetas concebidas en estos términos:

ANTONIO LOPEZ PELUSILLA

Director de *La Cítara Sonora*

Hoy Antonio está en posesión de su acreditada revista, que nadie lee; pero no importa.

Uno de estos días dará una velada en el *Ateneo de los Sensibles*, creado por él y otros López; y nada tendrá de particular que el mejor día salga diciendo *La Correspondencia* con su natural sencillez:

«Mañana leerá en el Ateneo científico y literario algunas de sus bellísimas poetas el joven y ya notable poeta señor López.»

Porque aquí no hay como tener un periodiquito.

LUÍS TABOADA.

## ISABEL

(DE A. DE VILLIERS.)

La fiesta de bodas terminó á media noche. El nuevo castellano, Gabriel du Plessis Les Hous, habíase unido para siempre, en la mañana de aquel hermoso día que acababa de finir, con la señorita Isabel de Fonteval, especie de Diana cazadora, rubia y blanca, esbelta joven con trazas y aficiones de amazona.

¡Veinte años y veintitrés años! Bellos, elegantes y ricos ambos, el porvenir presentábase para ellos de color de rosa.

Isabel había abandonado el baile cerca de las diez y media, y se encontraba sin duda, en aquel momento, en la cámara nupcial. Las gentes del castillo, apagadas ya las ventanas, debían estar dormidas.

Allá abajo, sin embargo, frente á las salas de juego, en la explanada que precedía á los jardines, dos hombres, alumbrados por un candelabro, colocado sobre un velador rústico entre dos arbustos, conversaban á media voz, sentados el uno cerca del otro. Era el uno el mismo Mr. Duplessis; el otro el baron Lerard de Linville, su tío, antiguo embajador y diplomático muy apreciado. Ante el insistente ruego de su sobrino, el señor de Linville, la vispera de su viaje á Suecia, para donde debía partir con una misión reservada, había accedido á pasar la noche en el castillo.

—Mi querido tío—dijo de pronto Gabriel,—gracias mil por haber deferido á mis súplicas. Solo usted puede darme un consejo útil en es-

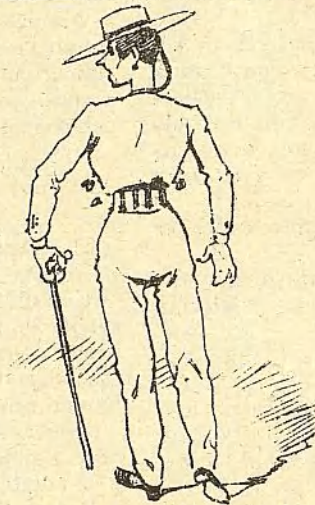
tos momentos, verdaderamente graves, por que atravieso. Ya he dicho á usted qué ardor, qué amor insensato y ciego siento por la que es ahora mi mujer: una pasión que á menudo me hace palidecer y balbuciar, cuando ella me habla. Pues bien; oiga usted. Siento que Isabel no experimenta hacia mí más que una muy frívola simpatía. Más claro, que no me ama. Es una niña educada en el manejo de los caballos y de las armas de fuego; una joven impetuosa, indomable, muy viril bajo sus apariencias delicadas, y que, conociendo la dulzura de mi carácter, y adivinando cuanto sufro por ella, me desafia un tanto. Isabel no ha hecho más que *aceptarme*, tanto por mi fortuna (¡que ésta es la verdad, por doloroso que me sea adivinarlo!) como para adjuntarse en mí una especie de esclavo.

Por consiguiente, me engañará tarde ó temprano, quizás... y hasta sin quizás. Me encuentra demasiado apacible, demasiado *artista*, excesivamente entregado á mis ensueños; *sin carácter*, en una palabra. Añada usted á esto que la creo, al mismo tiempo, de una penetración de espíritu admirable. Es una adivinadora. Pero se ha afirmado á la idea que de mí tiene formada y no hay quien se la arranque. ¡Qué más! Esta noche me ha notificado que para mañana por la madrugada tiene preparada una partida de caza á caballo, como si con ello quisiera indicar á las gentes de la casa, cuán poco fatigosa habrá sido para ella nuestra noche nupcial, que para fin y

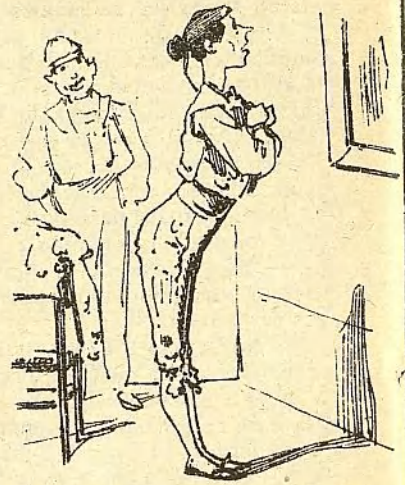




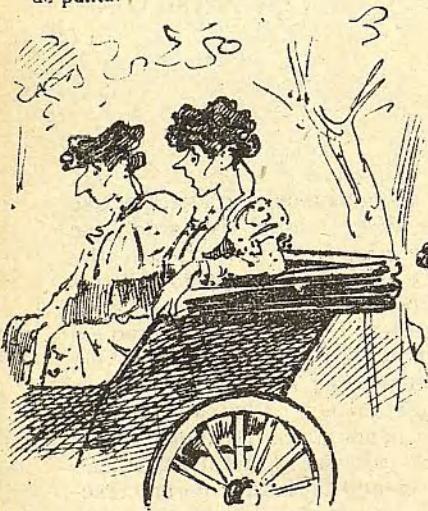
Aquella mañana no pudo su *Juanitu* peinarle la coleta porque tenía los pelos de punta.



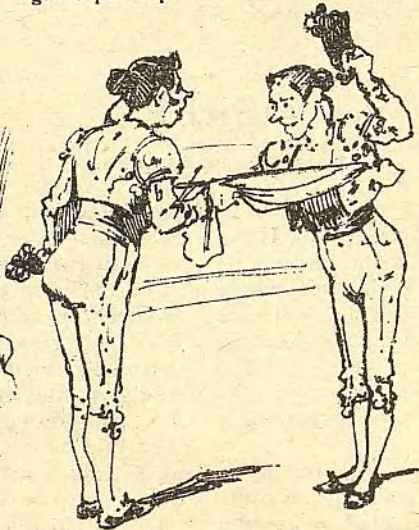
Al fin, y ya arreglado, salió a lucir el garbo por la población.



Llega la hora de la corrida y aquí fué el vestirse,



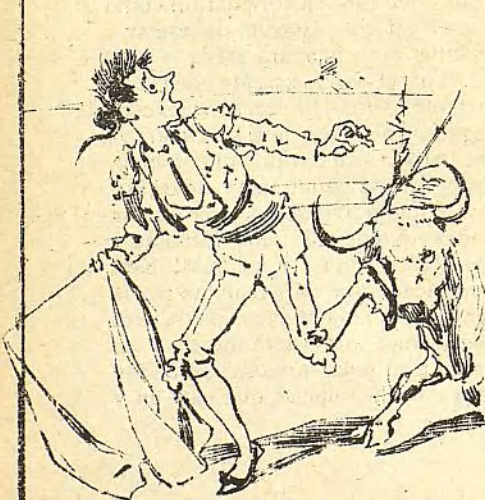
y el dirigirse camino de la plaza.



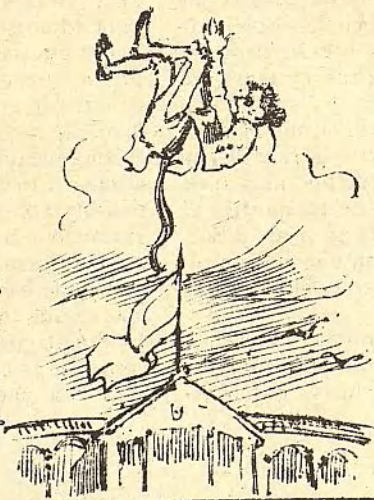
donde, después de la solene ceremonia,



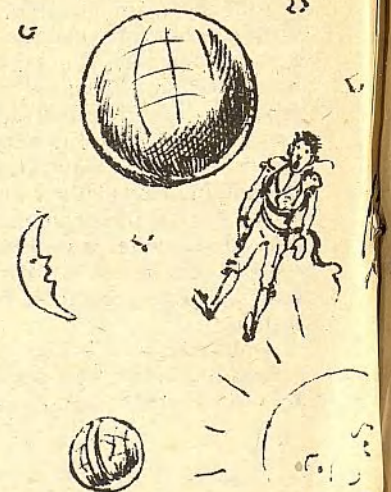
se encara con la fiera,



que, después de varios acosones de menor cuantía,



le propina un topetazo tan grande, que saliéndose de la órbita de atracción de la tierra,



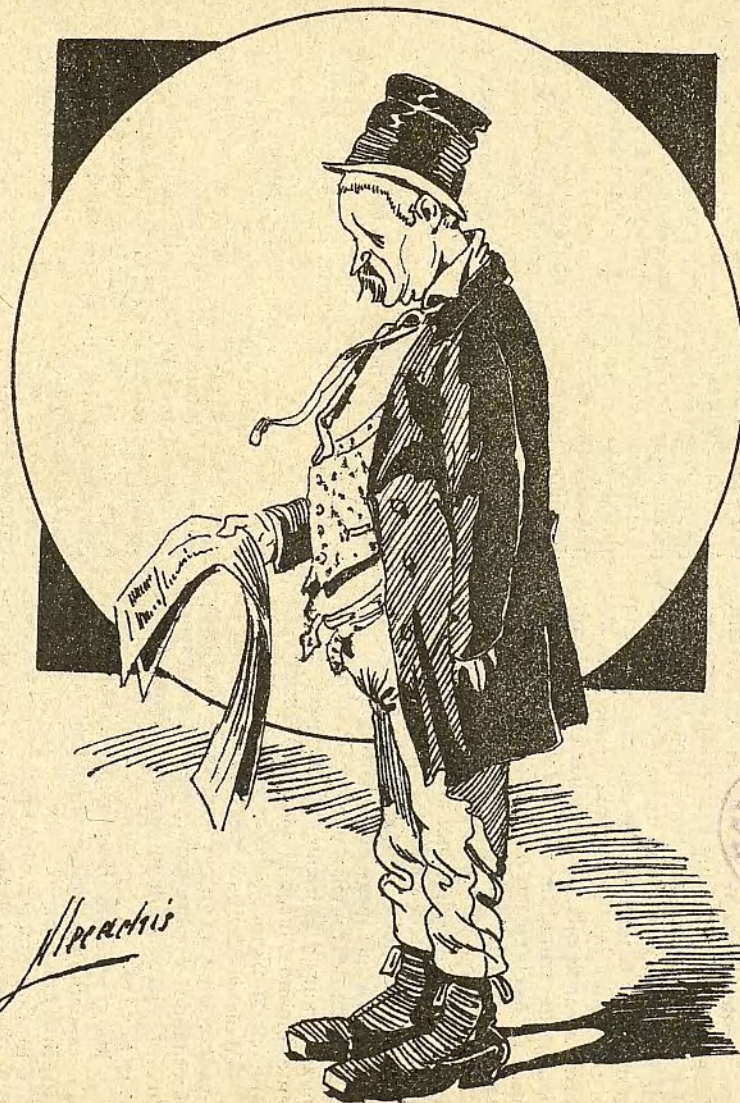
entra en la de otro planeta alrededor del cual queda girando por los siglos los siglos.



LOS BOLSISTAS, por Mecachis.



¡La Bolsa sube! ¡Sube!



¡¡Baaajaa!!

Ayuntamiento de Madrid



colmo, debo pasar solo. Si este estado de cosas dura ocho días, soy hombre perdido, intente lo que intente y haga lo que haga en lo porvenir. Vengo, pues, a preguntar a usted, al hombre sutil y de experiencia, que no sólo ha vivido sino que ha sabido vivir, si ve un modo de dispar en mi mujer la impresión desoladora que de mí ha concebido. ¿Ve usted algún medio para hacerme amar de ella, para suscitar en ella la afirmación, la certitud de *mi carácter*? Este es el caso. Yo ejecutaré sus consejos, sean cuales fueren, pasivamente y a lo militar, con la misma obediencia con que se bebe la poción que nos receta un gran médico, por amarga que sea. Yo me someto a usted, como se somete uno a sus testigos en un duelo: porque son mi honor y mi felicidad los que juego en la partida.

El baron de Linville miró a su sobrino con mirada franca y sonriente, y reflexionó un instante. Inclínose luego al oído de Gabriel y durante cinco minutos hablóle en secreto.

—Mañana salgo para Stockolmo—dijo por fin levantándose y ya en voz más alta.—Escribeme el resultado. Y sobre todo, procura ser tan sencillo en la ejecución de mi consejo, como lo es el consejo en sí.

—Mil gracias, tío. Buen viaje y... hasta la vista—respondió Gabriel, levantándose también y estrechándole la mano.

Y los dos subieron cada uno a su cuarto, donde el diplomático debió dormir, a buen seguro, mejor que su sobrino.

—¡Arribal! ¡Arribal! \*  
\*  
\*  
—¡Duermes, Gabriel!

Así, bajo las ventanas de su esposo, gritaba, —montada en un alazán fogoso, que pifaba de impaciencia, en tanto que al rededor de ella saltaban los perros en trahilla,—la reciente señora de Duplessis. Y así diciendo, fruncíase el lindo pliegue de su entrecejo.

El galope de un caballo que desembocaba por una alameda, detrás de ella, hízole volver la cabeza. Lo montaba Gabriel.

—Mi querida Isabel: vengo con un adelanto de diez minutos, según es en mi costumbre—dijo saludándola.

—¿Tú aquí ya?... ¡Ah, sí! Estarías, sin duda, entregado a tus sueños, bajo los árboles. Tienes el aire radiante. ¿Componías?...

—Sí: este ramo para ti: tres botones de rosa y unos brotes de hierba buena.

—¡Eres muy galante!—respondió con tono ligero Isabel, colocando las flores en uno de los ojaes de su corpiño.

—Es mi deber; y además, la hierba buena es útil para los accidentes.

Vagamente sorprendida, quizás por la entonación fría y hasta seria de su marido, miróle ella. Luego, impaciente:

—¡Partamos!—añadió tras un silencio de dos segundos.—Nos desayunaremos allá abajo, en un claro del bosque, sobre el césped.

Durante las primeras horas, Gabriel pronunció apenas veinte palabras; pero todas respiraban buen humor y preocupación por la caza. Hirió dos liebres, una gallineta y cuatro perdices, que cuidaba de recoger y guardar, el único picador que detrás de ellos galopaba.

Hacia el medio día, echaron pie a tierra en un magnífico claro formado por los árboles. Después de haber dado buena cuenta de unos trozos de jamón, dos vasos de champagne y algunas fresas silvestres, Gabriel, que durante la comida había observado el vuelo de las aves entre las ramas y propuesto una batida de lobos para el próximo invierno, encendió un cigarrillo y apenas encendido:

—¡A caballo!—gritó alegremente.—Digo... si es que has descansado tú lo bastante, Isabel.

—Vamos—contestó ella.

Y volvieron a emprender el galope a través de los campos.

De pronto, a la vuelta de un camino y como a treinta pasos de unas hayas, una liebre pasó ligera como el rayo. Los perros se precipitaron sobre ella. Gabriel tiró y no acertó.

—¡Ese imbécil de Murmurol!—dijo con dulce sonrisa volviendo a cargar inmediatamente el arma.—¡Se ha colocado ante la liebre en el preciso momento en que yo apuntaba!

Y haciendo fuego de nuevo, tendió muerto, a cien pasos de él, al soberbio perro a quien acababa de acusar.

Ante este espectáculo inesperado, Isabel se estremeció.

—¡Cómo! ¿matar a ese hermoso animal, haciéndolo culpable de tu fracaso!—dijo llena de sorpresa.

—Y lo siento, porque lo quería mucho—respondió tranquilamente Gabriel.—Pero soy de tal condición, que no puedo soportar sin un movimiento, a veces excesivamente violento, que se me contrarie. Soldado, yo sería fusilado antes de las veinticuatro horas. Es un defecto del que he querido en vano corregirme. Lo intentaré sin embargo, para complacerte.

Isabel, apretando su látigo, calló y se quedó pensativa.

Partieron de nuevo. Durante el trayecto, Gabriel habló de otras cosas que del accidente... ya olvidado. Sus palabras fueron frívolas y ligeras.

Cerca de una hora después, como una banda de perdices se levantara frente a ellos, con su ruido especial, Gabriel apuntó, tiró... Ni uno de los pájaros perdió una sola pluma.

—¡Oh, esto es insoportable!—gruñó con ira, pero con voz calmada.—¡Pues no se le ocurre a este demonio de caballo hacer un movimiento a tiempo que yo apuntaba!

Y así diciendo, cogió una de las pistolas del arzón, introdujo friamente el extremo del cañón en la oreja del animal y le saltó los sesos. De un salto evitó, no sin gracia, la caída del bruto,



que echado de lado, quedó sin movimiento tras una breve agonía.

Esta vez Isabel abrió grandemente sus hermosos ojos azules.

—¡Pero yo no he visto cosa igual! ¡Esto es ya una locura! Matar á un tan hermoso animal, y de tan excelente raza, por una perdiz fallada!

—Lo deploro, Isabel. Creía haberte revelado hace poco, en confianza, una debilidad de nacimiento que no puedo evitar. Debo repetírtelo, me es imposible soportar sin protesta la más ligera contrariedad.—¡Picador! ¡tu caballo! Tú volverás á pie. Nosotros nos volvemos también al castillo.

La cena fué muy animada.

Por la noche, la castellana se olvidó, sin duda, de echar el cerrojo de su cuarto. De suerte que allá á las cinco de la mañana, cuando á fuerza de alegrías, de fatiga y de amor, embriagados los dos por su ternura conyugal, murmurabanse deliciosamente lo que de más inefable

tenían en el fondo de su alma, Isabel miró de pronto á su marido, con un aire singular. Y luego, bajo, muy bajo, á los fulgores de la luna azul que palidecía ante el alba de aquel hermoso estío:

—¡Te amo—dijo—Gabriel, te amo! Un solo día te ha bastado para conquistarme... ¡Soy tuya para siempre! ¿Y sabes por qué? Porque el hombre que durante todo un día y en una semejante noche, tiene la firmeza suficiente para cumplir, sin hacerse traición un solo instante y en presencia de la mujer que le hace sufrir, el consejo de un amigo verdadero y sabio, demuestra ser superior, por sólo esto, al consejo mismo, y tener... sí, tener el suficiente carácter para hacerse digno de ser amado.

Y luego, en voz más baja:

—¡Dile esto á tu tío cuando escribas la carta que anoche le prometiste!

Traducido expresamente para LA SEMANA COMICA.

J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

## DIA DE TRABAJO

*Odía el trabajo y compaece al trabajador  
lo que puedas hacer hoy, déjalo para mañana.*

Vamos, basta ya de holgar.  
¡Qué atrasadísimo estoy  
en mi trabajo! Desde hoy  
es preciso trabajar.

No hay que pensarlo; esta vez  
va de veras... Pues se debe,  
á trabajar. Son las nueve,  
me levantaré á las diez.

¡Ay, cuánta luz! Se conoce  
que me he quedado dormido.  
Ya debiera estar vestido.  
¿Serán las diez?... ¡Son las doce!

Me ha venido á fastidiar  
este sueño, por quien soy:  
¡Demonio, demonio; hoy  
que pensaba trabajar!

A levantarse. ¡Por vida!...  
¡Tomas! Cose un botón  
que le falta al pantalón,  
y tráemelo aquí enseguida.

Vea usted, cuando uno tiene  
deseo de trabajar...  
Yo quería madrugar,  
¡y Tomasa qué no viene!  
Señor, esto desconsuela.

No viene, según se vé.  
Vaya, entre tanto leeré  
un poco de esta novela.

La Incestuosa. ¡Buen título!...  
¡Ay, gracias á Dios que está  
el pantalón! Pero ya  
voy á acabar el capítulo.

Interesante es el trama.  
A ver, á ver cómo empieza...  
Basta ya, fuera pereza.  
¡Ay, qué bien se está en la cama!  
Arriba. ¡Sin arreglar  
mi cuartol! Y ¿me he de salir?  
Bah, ya no puedo escribir  
hasta después de almorzar.

Tomasa, el almuerzo á prisa  
que son cerca de las dos.  
¡Tomasaaa! Gracias á Dios  
que está el almuerzo en la mesa.

Siga el café al peleón.  
Está bueno. Trae la caja  
de los puros... ¿Quién trabaja  
hasta hacer la digestión?  
¡Caramba! ¡y yo que quería!..  
En fin, qué se le ha de hacer!

paciencia. Vamos á ver  
los periódicos del día.

A ver este: «Santander,  
diez. Toros Conde Patilla.  
Bien Felipe y Hermosilla.»  
¡Siempre toros; qué placer!  
Otro: «Señor Fulanito:  
ganado de los peores.  
Gallo y Curro superiores,  
insuperable el Górdito.»

Y así columnas enteras.  
Siempre los toros, ¡qué afán!  
¡Válgame Dios, qué dirán  
las naciones extranjeras!  
Pero, en vez de criticar  
las aficiones del día,  
á estas horas ya debía  
ponerme yo á trabajar.

Ya tengo todo corriente.  
A trabajar; pluma en mano...  
¡Pero qué bien toca el piano  
la vecinita de enfrente!  
¡Ah, tú por aquí, Tadeol  
Iba á trabajar sin gana.  
Ya trabajaré mañana.  
Vamos á dar un paseo.

JOSÉ ESTREMERÁ.

## CANTARES ADULTERADOS

En una casa de empeños  
la otra mañana la ví,  
los bolsillos hacia afuera...  
¡por eso la conocí!

Antiguamente eran dulces  
todas las aguas del mar;  
se fué á baños mi casero  
y empezaron á amargar.

Cuando yo esté en la agonía  
sientate en mi cabecera.  
(Hazlo con mucho cuidado,  
no me aplastes la cabeza.)



ntimos.

# LA SEMANA COMICA

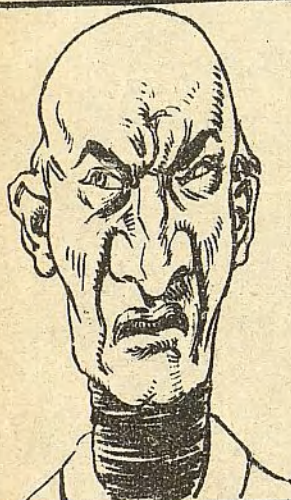
¿A QUE HUELE?, por Pons.



— Parece que noto un olorcillo...



— Y no me es desconocido. Sí: yo conozco este olor.



— Y es desagradable como un demonio: pero ¿a qué huele?



— ¡Vaya, si me es conocido! ¡Y muy conocido!



— Ya, ya... me parece que ya...

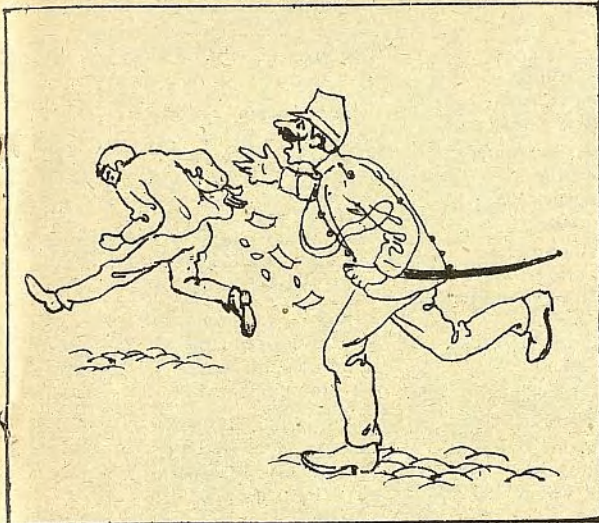


— Sí: ya sé lo que es. ¡Pero yo no he si-

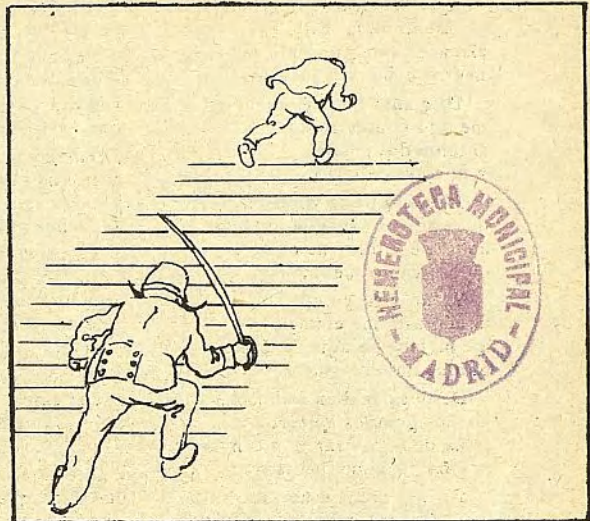
dol!



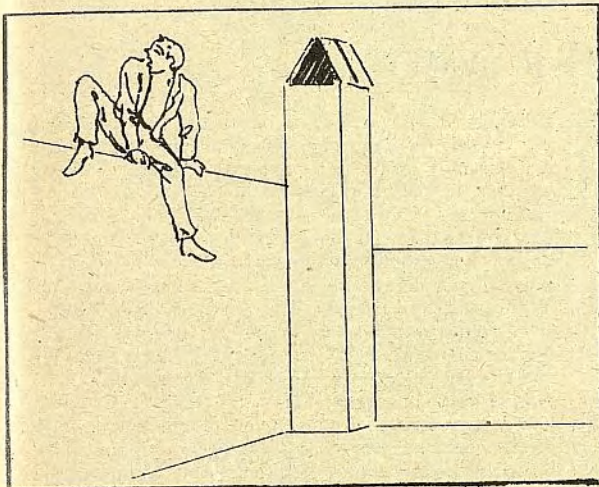
EN LA BOCA DEL LOBO, por Figuer.



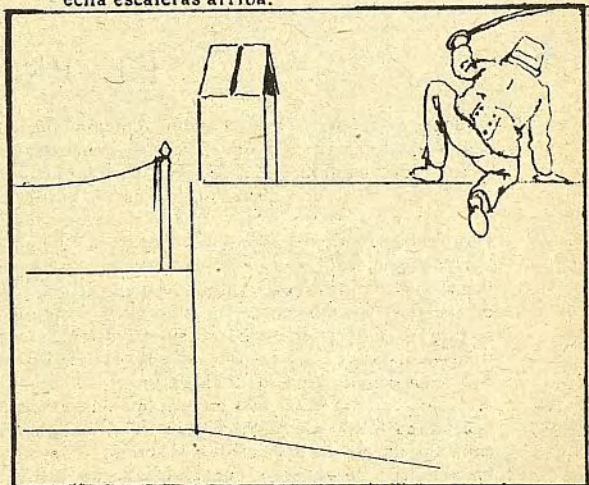
—¡Ladrón! ¡pillo! ¡granuja! ¡vaya si te cojeré!



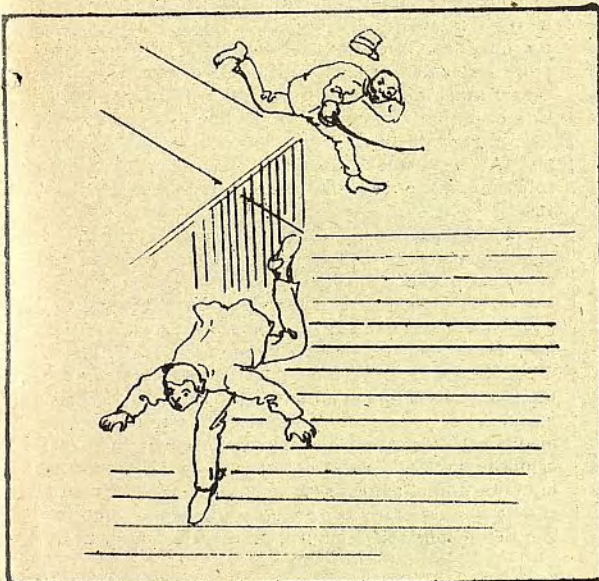
Pero el granuja, introduciéndose en un portal, echa escaleras arriba.



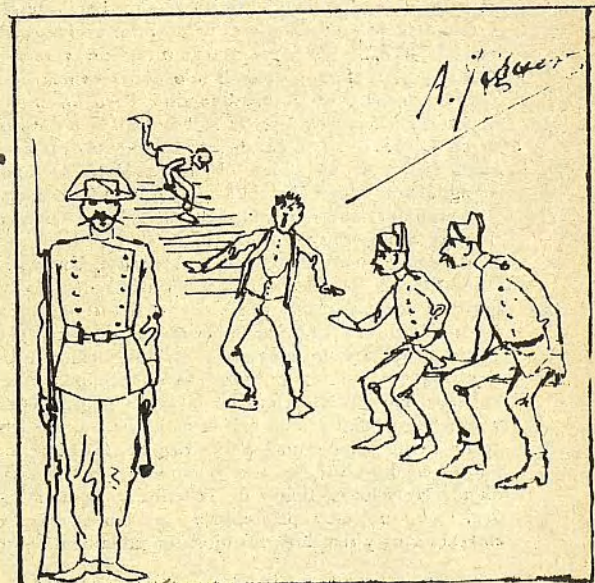
y arriba... hasta dar en un terrado.



Por el que le sigue el guardia.



—¡Ahora si que me escapó! piensa el ratero.  
Y baja por la escalera de una casa inmediata



yendo á dar nada menos que al mismísimo cuartel de la Guardia Civil.



¡Qué zapatitos que gasta  
el sereno de mi calle!  
Grandes como mis fatigas,  
negros como mis pesares.

Diez años después de muerto  
me dijo el enterrador  
si tenía dos pesetas  
y le contesté que no.

Al ciego de la vihuela,  
que canta en aquella esquina  
anda, vé y dile que calle  
que su canto me lastima.

Ya no vivo yo en la calle  
donde usted me conoció;  
me marché de aquella casa  
porque no tenía sol.

Después de diez años muerto,  
por los gusanos comido,  
se ha de encontrar en mis huesos  
la señal de aquel pellizco.

Yo me arrimé a un pino verde  
por ver si me consolaba,

y el pino, como era pino,  
no me dijo una palabra.

Pájaro que vas volando  
y en el pico llevas hilo,  
ven acá y cóseme un roto  
que llevo en los calzoncillos.

Paloma que vas al monte,  
mira que soy cazador  
y que tengo la licencia  
del señor gobernador.

La cajita de colores  
y tus labios de coral  
cuando á menudo se encuentran  
¡qué de cosas se dirán!

Madre, madre, que me matan  
y no me puedo valer,  
que el casero me ha mandado  
el recibo de alquiler.

Toma este puñalito  
y ábreme el pecho,  
que el chaqué de verano  
me viene estrecho.

Debajo de tu ventana  
me puse á considerar  
que vives en tercer piso  
y es tu piso el principal.

A la Habana me voy,  
te lo vengo á decir;  
si me pagas el viaje  
no habrá más que pedir.

No te tapes la cara,  
niña bonita,  
que ya no hay Carnavales  
desde hace días.

A los carabineros  
no les dés agua  
si no tienen moneda  
con qué pagarla

Veinticinco calabozos  
tiene la cárcel de Utrera  
y veinticinco le faltan  
para llegar á cincuenta.

LUIS ROYO VILLANOVA.

## EL PRIMER AMOR

¿Qué edad contaría yo á la sazón? ¿Once ó doce años? Más bien serían trece, porque antes es demasiado temprano para enamorarse tan de veras; pero no me atrevo á asegurar nada, considerando que en los países meridionales madruga mucho el corazón dado que esta víspera tenga la culpa de semejantes trastornos.

Si no recuerdo bien el *cuándo*, por lo menos puedo decir con completa exactitud el *cómo* empezó mi pasión á revelarse. Gustábame mucho—después de que mi tía se largaba á la iglesia á hacer sus devociones vespertinas—colarme en su dormitorio y revolverle los cajones de la cómoda, que los tenía en un orden admirable. Aquellos cajones eran para mí un museo: siempre tropezaba en ellos con alguna cosa rara, antigua, que exhalaba un olorillo arcaico y discreto, el aroma de los abanicos de sándalo que andaban por allí perfumando la ropa blanca. Acericos de raso descolorido ya; mitones de malla, muy doblados entre papel de seda; estampitas de santos; enseres de costura; un *ridículo* de terciopelo azul bordado de canutillo; un rosario de ámbar y plata, fueron apareciendo por los rincones: yo los curioseaba y los volvía á su sitio. Pero un día—me acuerdo lo mismo que si fuese hoy—en la esquina del cajón superior y al través de unos cuellos de rancio encaje, ví brillar un objeto dorado... Metí las manos, arrugué sin querer las puntillas, y saqué un retrato, una miniatura sobre marfil, que mediría tres pulgadas de alto, con marco de oro.

Me quedé como embelesado al mirarla. Un rayo de sol se filtraba por la vidriera y hería la seductora imagen, que parecía querer desprenderse del fondo oscuro y venir hacia mí. Era una criatura hermosísima, como yo no la había visto jamás sino en mis sueños de adolescente, cuando los primeros estremecimientos de la pubertad me causaban, al caer la tarde, vagas tristezas y anhelos indefinibles. Podría la dama del retrato frisar en los veinte y pico; no era una virgencita cándida, capullo á medio abrir, sino una mujer en quien ya resplandecía todo el fulgor de la belleza. Tenía la cara oval, pero no muy prolongada, los labios carnosos, entreabiertos y risueños, los ojos lánguidamente enfor-

nados, y un hoyuelo en la barba, que parecía abierto por la yema del dedo juguetón de Cupido. Su peinado era extraño y gracioso: un grupo compacto, á manera de piña de bucles al lado de las sienes y un cesto de trenzas en lo alto de la cabeza. Este peinado antiguo que remangaba en la nuca, descubría toda la morbidez de la fresca garganta, donde el hoyo de la barbilla se repetía más delicado y suave. En cuanto al vestido... Yo no acierto á resolver si nuestras abuelas eran de suyo menos recatadas de lo que son nuestras esposas, ó si los confesores de antaño gastaban manga más ancha que los de ogaño; y me inclino á creer esto último, porque hará unos sesenta años, las hembras se preciaban de cristianas y devotas, y no desobedecerían á su director de conciencia en cosa tan grave y patente. Lo indudable es que si en el día se presenta alguna señora con el traje de la dama del retrato, ocasiona un motín; pues desde el talle (que nacía casi en el sobaco) sólo la velavan leves ondas de gasa diáfana, señalando, mejor que descubriendo, dos escándalos de nieve, por entre los cuales serpeaba un hilo de perlas, no sin des cansar antes en la tersa superficie del satinado escote. Con el propio impudor se ostentaban los brazos redondos, dignos de Juno, rematados por manos esculturales... Al decir *manos* no soy exacto, porque en rigor, sólo una mano se veía, y esa apretaba un pañuelo rico.

Aún hoy me asombro del fulminante efecto que la contemplación de aquella miniatura me produjo, y de cómo me quedé arrobado, suspensa la respiración, comiéndome el retrato con los ojos. Ya había yo visto aquí y acullá estampas que representaban mujeres bellas; frecuentemente en las *Ilustraciones*, en los grabados mitológicos del comedor, en los escaparates de las tiendas, sucedía que una línea gallarda; un contorno armonioso y elegante cautivaba mis miradas precozmente artísticas; pero la miniatura encontrada en el cajón de mi tía, aparte de su gran gentileza, se me figuraba como animada de sutil aura vital; advertíase en ella que no era el capricho de un pintor, sino imagen de persona real, efectiva, de carne y hueso. El rico,



y jugoso tono del empaste hacía adivinar, bajo la nacarada epidermis, la sangre tibia; los labios se desviaban para lucir el esmalte de los dientes; y, completando la ilusión, corría alrededor del marco una orla de cabellos naturales, castaños, ondeados y sedosos, que habían crecido en las sienes del original. Lo dicho; aquello, más que copia, era reflejo de persona viva, de la cual sólo me separaba un muro de vidrio... Puse la mano en él, lo calenté con mi aliento, y se me ocurrió que el calor de la misteriosa deidad se comunicaba á mis labios y circulaba por mis venas. Estando en esto, sentí pisadas en el corredor. Era mi tía que regresaba de sus rezos. Oí sus tos asmática y el arrastrar de sus pies gotosos. Tuve tiempo no más que de dejar la miniatura en el cajón, cerrarlo y arrimarme á la vidriera adoptando una actitud indiferente y nada sospechosa.

Entró mi tía sonándose recio, porque el frío de la iglesia le había encrudecido el catarro ya crónico. Al verme se animaron sus ribeteados ojillos, y dándome un amistoso bofetoncito con la seca palma, me preguntó si le había revuelto los cajones, según costumbre.

Después, sonriéndose con picardía:

—Aguarda, aguarda—añadió;—voy á darte algo, que te chuparás los dedos.

Y sacó de su vasta faltriquera un cucurucho, y del cucurucho tres ó cuatro bolitas de goma adheridas entre sí, como aplastadas, que me infundieron asco.

La estampa de mi tía no convidaba á que uno abriese la boca y se zampase el confite: muchos años, la dentadura traspillada; los ojos enternecidos más de lo justo, unos asomos de bigote ó cerdas sobre la hundida boca, la raya de tres dedos de ancho, unas canas sucias revoloteando sobre las sienes amarillas, un pescuezo flácido y lívido como el moco del pavo cuando está de buen humor... Vamos, que yo no tomaba las bolitas, ¡je! Un sentimiento de indignación, una protesta varonil se alzó en mí, y declaré con energía:

—No quiero, no quiero.

—¿No quieres? ¡Gran milagro! ¡Tú que eres más goloso que la gata!

—Yo no soy ningún chiquillo—exclamé, creciéndome, empujándome en las puntas de los pies;—yo no quiero dulces.

La tía me miró entre bondadosa é irónica, y al fin, cediendo á la gracia que le hice, soltó el trazo, con lo cual se desfiguró y puso patente la espantable anatomía de sus quijadas. Reía de tan buena gana, que se besaban barba y nariz, ocultando los labios, y se le señalaban dos arrugas, ó mejor, dos zanjas hondas, y más de una docena de pliegues, en mejillas y párpados; al mismo tiempo, la cabeza y el vientre se le columpiaban con las sacudidas de la risa, hasta que al fin vino la tos á interrumpir las carcajadas, y entre risa y tos, involuntariamente, la vieja me regó la cara con un rocío de saliva... Humillado y lleno de repugnancia, me escapé de allí y no paré hasta el cuarto de mi madre, donde me lavé con agua y jabón y me dí á pensar en la dama del retrato.

Y desde aquel punto y hora ya no acerté á separar mi pensamiento de ella. Salir la tía, y escabullirme yo hacia su aposento, entreabrir el cajón, sacar la miniatura y embobarme contemplándola, todo era uno. A fuerza de mirarla, figurábase que sus ojos entornados, al través de la voluptuosa penumbra de las pestañas, se fijaban en los míos, y que su blanco pecho respiraba afanosamente. Me llegó á dar vergüenza besarla, imaginando que se enojaba de mi osadía, y sólo la apretaba contra el corazón, ó arrimaba á ella el rostro. Todas mis acciones y pensamientos se referían á

la dama; tenía con ella extraños refinamientos y delicadezas nimias. Antes de entrar en el cuarto de mi tía y abrir el codiciado cajón, me lavaba, me peinaba, me componía, como ví después que suele hacerse para acudir á las citas amorosas.

Me sucedía á menudo encontrar en la calle á otros niños de mi edad, muy armados ya de su cacho de novia, que ufanos me enseñaban cartitas, retratos y flores, preguntándome si yo no escogería también *mi niña* con quien caerte. Un sentimiento de pudor inexplicable me ataba la lengua, y sólo les contestaba con enigmática y orgullosa sonrisa. Cuando me pedían parecer acerca de la belleza de sus damisellitas, me encogía de hombros y las calificaba desdeñosamente de *feas y fachas*. Ocurrió cierto domingo que fui á jugar con unas primitas mías, muy graciosas en verdad, y que la mayor no llegaba á los quince. Estábamos muy entretenidos en ver un estereoscopio, y de pronto una de las chiquillas, la menor, doce primaveras á lo sumo, disimuladamente me cogió la mano, y conmovidísima, colorada como una brasa, me dijo al oído:

—Toma.

Al propio tiempo sentí en la palma de la mano una cosa blanda y fresca, y ví que era un capullo de rosa, con su verde follaje. La chiquilla se apartaba sonriendo y echándome una mirada de soslayo; pero yo, con un puritanismo digno del casto José, grité á mi vez:

—¡Toma!

Y le arrojé el capullo á la nariz; desaire que la tuvo toda la tarde llorosa y de monos conmigo, y que aún á estas fechas, que se ha casado y tiene tres hijos, no me ha perdonado.

Siéndome cortas para admirar el mágico retrato las dos ó tres horas que entre mañana y tarde se pasaba mi tía en la iglesia, me resolví por fin á guardarme la miniatura en el bolsillo, y anduve todo el día escondiéndome de la gente lo mismo que si hubiese cometido un crimen. Se me antojaba que el retrato, desde el fondo de su cárcel de tela, veía todas mis acciones, y llegué al ridículo extremo de que si quería rascarme una pulga, atarme un calcetín ó cualquiera otra cosa menos conforme con el idealismo de mi amor purísimo, sacaba primero la miniatura, la depositaba en sitio seguro, y después me juzgaba libre para hacer lo que más me conviniese. En fin, desde que hube consumado el robo, no cabía en mí; de noche lo escondía bajo la almohada y me dormía en actitud de defenderlo; el retrato quedaba vuelto hacia la pared, yo hacia la parte de afuera, y despertaba mil veces con temor de que vienesen á arrebatarme mi tesoro. Por fin lo saqué debajo de la almohada y lo deslicé entre la camisa y la carne, sobre la tetilla izquierda, donde al día siguiente se podía ver impresos los cincelados adornos del marco.

El contacto de la cara miniatura me produjo sueños deliciosos. La dama del retrato, no en efigie, sino en su natural tamaño y proporciones, viva, airosa, afable, gallarda, venía hacia mí para conducirme á su palacio en un tren rápido y volador. Con dulce autoridad me hacía sentar á sus pies en un cojín, y me pasaba la torneada mano por la cabeza acariciándome la frente, los ojos y el revuelto pelo. Yo le leía en un gran misal, ó tocaba el laúd, y ella se dignaba sonreírse, agradeciéndome el placer que le causaban mis lecturas y cánciones. En fin, las reminiscencias románticas me bullían en el cerebro; y ya era paje, ya trovador.

Con todos estas imaginaciones, el caso es que fui adelgazando de un modo notable, y que lo observaron con gran inquietud mis padres y mi tía.



FIGURINES, por Fradera.



Figurines de ocasión  
propios para la estación.



EL TERRIBLE HUÉSPED, por Lago.



Esto de oír hablar siempre francés me va ya cargando. Allí está España. ¡Pues á España!



—...y además, quiero hacer á Vd. presente, que para causar víctimas, me basto y me sobro yo.



—¿Competir con ésta? ¡Un cuerno! Más que esta me mato yo. ¡Huyamos!



En esa difícil y crítica edad del desarrollo, todo es alarmante—dijo mi padre, que solía leer libros de medicina, y estudiaba con recelo las ojeras oscuras, los ojos apagados, la boca contraída y pálida, y sobre todo, la completa falta de apetito que se apoderaba de mí.

—Juega, chiquillo; come, chiquillo—solía decirme.

Y yo le contestaba con abatimiento:

—No tengo ganas.

Empezaron á discurrirme distracciones; me ofrecieron llevarme al teatro; me suspendieron los estudios y diéronme á beber leche recién ordeñada y espumosa. Después me echaron por el cogote y la espalda duchas de agua fría, para fortificar mis nervios; y noté que mi padre, en la mesa ó por las mañanas cuando iba á su alcoba á darle los buenos días, me miraba fijamente un rato y á veces sus manos se escurrían por mi espinazo abajo, palpando y tentando mis vértebras. Yo bajaba hipócritamente los ojos, resuelto á dejarme morir antes que confesar el delito. En librándome de la cariñosa fiscalización de la familia, ya estaba yo con mi dama del retrato. Por fin, para mejor acercarme á ella, acordé suprimir el frío cristal: titubeé al ir á ponerlo por obra; al cabo pudo más el amor que el vago miedo que se me ajante profanación me inspiraba, y con gran destreza logré arrancar el vidrio y dejar patente la plancha de marfil.

Al apoyar en la pintura los labios y percibir la tenue fragancia de la orla de cabellos, se me figuró con más evidencia que era persona viviente la que estrechaban mis manos trémulas. Un desvanecimiento se apoderó de mí, y quedé en el sofá como privado de sentido, apretando la miniatura.

Cuando recobré el conocimiento ví á mi padre, á mi madre, á mi tía, todos inclinados hacia mí con sumo interés; leí en sus caras el asombro y el susto; mi padre me pulsaba, meneaba la cabeza y murmuraba:

—Este pulso parece un hilito, una cosa que se va.

Mi tía, con sus dedos ganchudos, se esforzaba en quitarme el retrato, y yo, maquinalmente, lo escondía y aseguraba mejor.

—Pero, chiquillo... ¡suelta, que lo echas á perder!—exclamaba ella.—¿No ves que lo estás borrando? Si no te riño, hombre... yo te lo enseñaré, cuantas veces quieras; pero no lo estropees; suelta, que le haces daño.

—Déjasele—suplicaba mi madre;—el niño está malito.

—¡Pues no faltaba más!—contestó la solterona.—¡Déjarlo! ¿Y quién hace otro como ese... ni quién me vuelve á mí ahora á los tiempos aquellos? ¡Hoy en día nadie pinta miniaturas... eso se acabó... y yo también me acabé y no soy lo que ahí represento!

Mis ojos se dilataban de horror; mis manos aflojaban la pintura. No sé cómo pude articular:

—Usted... el retrato... es usted...

—¿No te parezco tan guapa, chiquillo? ¡Bah, veintitres años son más bonitos que... qué... que no sé cuántos, porque no llevo la cuenta; al fin, nadie ha de robármelos!

Doblé la cabeza, y acaso me desmayaría otra vez; lo cierto es que mi padre me llevó en brazos á la cama, y me hizo tragar unas cucharadas de Oporto.

Convalecí presto y no quise entrar más en el cuarto de mi tía.

EMILIA PARDO BAZAN.

## AL SOL

ODA DE VERANO

Pára y óyeme, oh sol! Yo te maldigo  
gritando á voz en cuello,  
y soy hasta de tu último destello  
el mayor enemigo.

Junto al manso Guadiana,  
donde tú te reflejas con descaro,  
cual nuevo Josué, ¡oh sol! te paro  
porque me da la gana.

Es el calor que das tan insufrible  
que duda ya no queda  
de que serás eterno, *inextinguible*,  
mal que pese á Espronceda.

Te levantas—¡hipócrita!—y parece  
que aquella luz tan suave,  
que todo lo embellece,  
no ha de traer después perjuicio grave.

Si, sí. Pasa un momento;  
te haces dueño y señor del firmamento;  
dejas la hipocresía, te desbarras,  
y sueltas un aliento  
que ¡ay, Febo de mi vida! me achicharras.

Después en todo el día  
no hay punto de reposo, ni alegría.

Si me acuesto, un sudor morrocotudo;  
no me acuesto, me suda el alma entera;  
bebo agua, á sudar de igual manera;  
no bebo, también sudo.

Encuentro algún amigo, voy derecho  
á saludarle, ufano,  
y al estrechar su mano  
me parece una esponja lo que estrecho.

En casa todo abraza

y carga y desespera,  
y si mal estoy fuera,  
estoy mucho peor dentro de casa.

Y es fuerza renunciar á los placeres  
de lo demás del año.

Ni cafés, ni teatros.... ¡que si quieres!  
No hay más placer posible que el del baño.

Por eso te maldigo  
gritando á voz en cuello,  
y soy hasta de tu último destello  
el mayor enemigo.

Nada, ¡Febo incivil! lo que te digo.

Y además, ten presente  
que en la tal opinión está conmigo  
todo bicho viviente.

De modo que desde hoy, hasta lo eterno,  
debes ser un poquito más humano;  
algo menos moscón en el verano,  
y algo más expansivo en el invierno,  
y nos verás á todos  
de tu bondad charlando por los codos.

Mas si, por el contrario,  
no doliéndote prendas,  
y loco, y temerario,  
ni me oyes, ni haces caso, ni te enmiendas,  
yo, por mí, escalaré la altiva cumbre  
por donde asoma tu gigante fragua,  
y en cuanto te vislumbre  
voy y te echo un botijo lleno de agua....  
¡Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!

ANTONIO MONTALBÁN.



## ESTRENOS Y NOVEDADES

REALIDAD, drama en 5 actos y un cuadro de D. Benito Pérez Galdós.

Aunque con unos días de retraso, por no haber salido á luz el número pasado de LA SEMANA CÓMICA, no quiero dejar de hablar del drama *Realidad*, de Pérez Galdós, que ha sido el acontecimiento de la temporada.

¡Bienvenido sea á la escena española el realismo, el verdadero y sano realismo! Galdós, nuestro gran novelista, que ya lo había implantado en la novela, ha sido el que se ha atrevido á llevarlo al teatro. ¡Dios se lo premie! El año de 1892, gracias á *Realidad*, ha de ser una fecha memorable en la historia de nuestra escena. Cierra lo antiguo y abre lo moderno, mata las fórmulas y recetas tradicionales y muestra el anchuroso horizonte de la vida.

El primer drama de Galdós tiene lo mejor que puede tener un drama: caracteres. Después de acertar en esto, lo demás es secundario. Y á fe que el acierto es completo, porque los personajes no son en *Realidad* figuras de un solo resorte, vistas por un solo aspecto, como suelen ser las que han salido á la escena de mucho tiempo á esta parte. No. Son figuras completas y complejas que ofrecen varios caracteres á la vez. Así, Federico Viera, el mejor de la obra, es un *perdis*, pero un *perdis* caballero, como dice la *Peri*, y además es hombre que tiene dignidad, allá á su manera, dignidad que sería mejor llamar orgullo, pero que hace las veces de dignidad. Y uno de los rasgos más felices de su carácter, el que más vivo y de bulto le hace, es aquella hidalguía castellana, que aun siendo un jugador, un estafador y un infame, que roba la honra de su mejor amigo, le hace indignarse y no ceder en un ápice ante el casamiento de su hermana con un dependiente de comercio honrado y laborioso. Esto no se le ocurre más que á un autor muy grande.

Admirables son también la *Peri*, la mujer del pueblo de Madrid, levantada hasta la sociedad de frac por el vicio; Augusta, el carácter más *femenino* de nuestro teatro contemporáneo y, *digan lo que digan los termómetros*, el mismo de Orozco, que con su estoicismo kantiano, no será teatral, como entienden ellos lo teatral, pero lo es de otra manera más grande y levantada. Sólo con un carácter así se podía llegar á aquella penúltima escena durante la cual, por su misma sencillez y formal insignificancia, se siente zumbár por los aires las alas de la gran tragedia, la tragedia interior, el catclismo moral sin derramamiento de sangre ni contorsiones violentas.

La forma, el lenguaje, es magnífico; allí los personajes *hablan*. Todo lo que no sea aquello es declamar; allí la frase usual y común, pero palpitante de vida y realidad, adquiere un valor literario y artístico que aquí pocos, poquísimos han sabido darle.

Verdad es que los monólogos con que termina el primer acto son poco hábiles; que la escena de Viera padre no está tal vez bastante preparada para que produzca todo su efecto; que el delirio de Federico Viera en el acto del suicidio no tiene en el drama los antecedentes justificativos que en la novela, y esto le perjudica..... Verdad todo; pero ¿qué tienen que ver estos ligeros yerros al lado de la fuerza, no neurótica, sino tranquila y potentísima que hay en la obra?

Nada, Sr. Mario, que en esta temporada no ha perdido V. el tiempo para el arte.

¡Ojalá no lo hubieran perdido Vds. en los ensayos!

ANTONIO L. RUIZ.

## CHIRIGOTAS

¡Vamos, hombre, que esto no puede ser!

«En el pueblo de Tausloe (Holanda) hay un magnífico criadero de aves de corral, donde se expenden anualmente seis millones de pollos, gallinas, pavos y capones y una millonada, aún mayor, de cestas de huevos».

¿Una millonada..... mayor que seis millonadas?

¡Dígame á Vd. ¡oh, caro colega de quien tomo la noticia! que eso no puede ser.

Como no puede ser tampoco que una millonada sea aún mayor que otra.

Porque ambas son..... un millón, sencillamente.

¡Dígame! ¿no ser que Vd. sea de los que creen que una arroba de paja pesa menos que una arroba de plomo!

En lo que va de semana,  
que es un poco lo que va,  
según dicen de Sevilla,  
se han ahogado en el *Guadalquivir*  
cincuenta sujetos  
por quererse allí bañar.

¡Pero, hombre, con los cadáveres!

¡Siempre ha de pasar igual!

¡Siempre les pasa lo mismo  
y no escarmentan jamás!

¡Se ahogan... y vuelven al agua  
sin aprender á nadar!

Ante varios individuos de la prensa que *no creíamos* en eso de la transmisión del pensamiento, celebró el miércoles por la noche una sesión de carácter familiar el celebrado adivinador Mr. Levitat, que actualmente trabaja en el *Moulin Rouge*.

Fueron maravillosos los experimentos allí ejecutados. Sólo viéndolos, sólo estando seguros de la absoluta imposibilidad de que allí existieran connivencias preparadas de antemano, puede creerse en ellos. Hay que acatar á Levitat... y hay que ir á aplaudirle al *Moulin*.

—Que me quite el paraguas á mí, que lo abra y que con él abierto se siente ante aquella mesa de allí,—dijo Pascual, el ilustrado redactor de *La Publicidad*.—Y ante la mesa señalada fué á sentarse el adivinador, después de quitarle y de abrir el paraguas. Y así sucesivamente, que bien mareamos al pobre experimentador, y bien nos supo dar él muestras de su galantería y de su destreza.

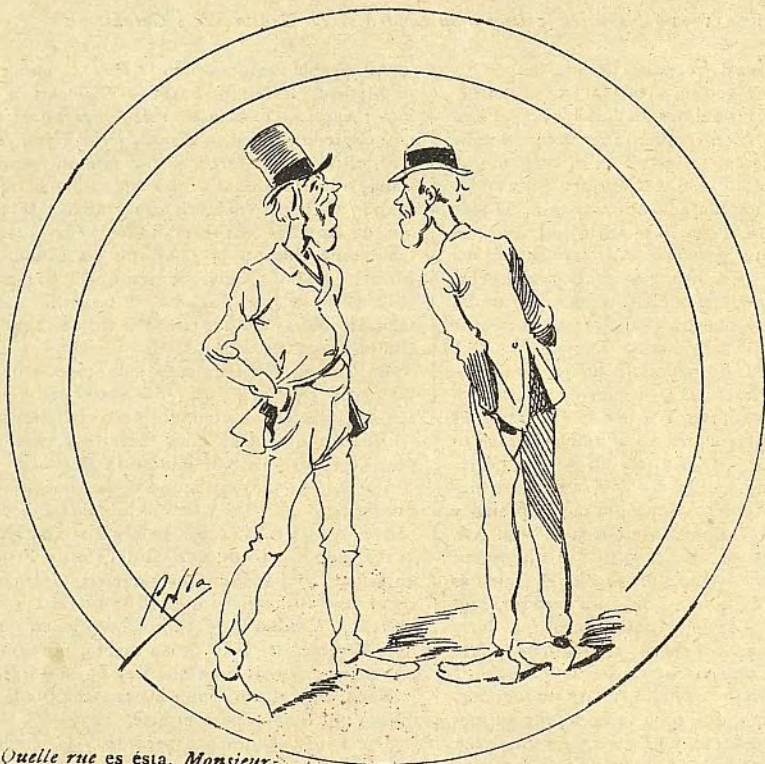
Por todo ello hay que dar gracias á Levitat... y hay que felicitar á la empresa del *Moulin Rouge*.

Que, para no perder la costumbre, sigue sabiendo proporcionarse unos llenos que ya, ya...

Imp. «La Ilustración», á c. de Fidel Giró, Paseo de San Juan, núm. 168.—Barcelona.



LA SEMANA COMICA  
EN EL PASEO DE GRACIA,



—Quelle rue es ésta, Monsieur.  
—(Este es francés). La promenade de Merci, caballero. (Me parece que habrá entendido que estamos en el Paseo de Gracia.)

## ANUNCIOS

### LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos  
y los más celebrados dibujantes.

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona. . . . .	Trimestre. 2'50 ptas.
Fuera. . . . .	Semestre. 5 »

— NÚMERO CORRIENTE: 15 CÉNTIMOS  
NÚMERO ATRASADO: DOBLE PRECIO —

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

#### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, principal.—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.

Ayuntamiento de Madrid

**LA ECONOMICA**  
25, San Ramón, 25  
La casa que vende más barato  
en Barcelona.  
**SOMBREROS INGLESES**  
de 5 á 10 pesetas.  
Kiosco con muestras en la Rambla, (frente  
al Liceo.)

### RON BACARDÍ

PREPARADO POR

**BACARDI Y C.ª**

Santiago de Cuba.

— PROVEEDORES DE LA REAL CASA —

Pídase en todos los Colmados, Cafés y Ultramarinos.

**WENCESLAO PONS**

BOTERS, 8. — BARCELONA